

CUANDO SE DECIDAN VUELVAN POR AQUI

Lo pusieron al frente de una cárcel y le dieron un carro. En esa época los miembros de la UNITA y los delincuentes estaban juntos porque no había tiempo para hacer un sistema carcelario que los dividiera. Ni tiempo, ni dinero, ni fuerzas tampoco, porque todo iba para el frente de combate. Y pocos hombres lo acompañaban en la tarea que le habían asignado.

A la semana de estar allí nombró a un negro grande y fuerte como jefe de galeras y le dijo, en mezcla de español y de portugués:

—Averigua quiénes son miembros de UNITA."

Dos días después, el jefe de galeras le informó que decían ser campesinos pobres, presos injustamente, no sabían por qué. Con enojo contenido fue hasta las mismas rejas, cogió el sambrán con los cargadores, la pistola, el fusil y el puñal y los tiró al suelo. Después entró en medio de la confusión de los presos, quienes gritaban y lloraban.

En la parte de afuera se habían quedado cuatro cubanos, recordados de que su jefe se metiera entre aquellos hombres, pero Manuel siempre había dicho que a los seres humanos se les habla en voz baja.

" Miembros de la UNITA. (Voz portuguesa)

—A estos tengo que hablarlos de cerca, y sin armas para que me crean.

Observó a los hombres y a las mujeres, todos de distintas edades pero de una delgadez cadavérica. Los miró de frente y como si buscara a alguno en especial. Los hombres bajaban los ojos a medida que los miraba. Se trepó en un banco y los setecientos presos se agruparon a su alrededor.

—Comaradas, yo no tengo armas y quiero hablarles. Voy a hablarles para que me comprendan. Aquí hay hombres de la UNITA y necesito saberlo, necesito saber quiénes son. Los únicos que me lo puedan decir son ustedes mismo. Nosotros no queremos matar a nadie, pero necesitamos saber quiénes son de la UNITA.

El silencio se hizo alarmante, sobrecogedor.

El viento del patio entró por los corredores y movió puertas, le envolvió el pelo y lo despeinó. El se llevó la mano a la cabeza y dejó ver unas entradas profundas y una vieja cicatriz. Ya no recordaba la cicatriz, el que se le había hecho estaba en el «hueso» hacía diecisiete años. El había estado preso y conocía el sentimiento que engendra el encierro. Sabía cómo se comportan los hombres cuando otro les habla, y si la palabra trae consigo alguna esperanza de libertad, entonces se vuelven más alegres, más comprensivos y hasta quieren ayudar.

No quería engañarlos, decirles que los liberaría porque era mentira. Miró por encima de las cabezas y dijo:

—Al que me enseña a los miembros de la UNITA lo separo del resto del grupo y trabajará la tierra en aquella parte —y señaló hacia un campo lleno de hoyos, con yerbajos y sin cercas.

El silencio quedó roto por un murmullo creciente, pero nadie decía nada en claro.

—Los miembros de la UNITA que se entreguen, también trabajarán la tierra —se bajó del banco y mandó a abrir la reja. Los soldados de la FAPLA y los cuba-